

Santísima Trinidad



26 de mayo de 2024

Dt 4,32-34.39-40

Sal 32

Rom 8 14-17

Mt 28, 16-20

P. Eduardo Suanzes, msps

A lo largo de los siglos, los teólogos cristianos han elaborado profundos estudios sobre la Trinidad. Sin embargo, nosotros, los cristianos de nuestros días no logramos captar qué tienen que ver con nuestra vida esas admirables doctrinas. A todo lo que llegamos, tal vez, al pensar en la Santísima Trinidad es en una de esas imágenes en las que están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo como en una fotografía sacada por algún ángel, en que les dice: «A ver, quietos, sonrían, no se muevan...¡Zas!, listo»; y obtenemos esa foto en la que están el Padre y el Hijo sentados estáticos sobre nubes, ambos con una corona impresionante de oro macizo y piedras preciosas sobre sus cabezas; el Padre, de enorme barba blanca, con un triángulo sobre su cabeza igualmente de enorme cabellera blanca, tal vez con una bola del mundo en su mano izquierda y un cetro en su derecha; el Hijo, a su derecha, con una enorme cruz sostenida con su brazo izquierdo y su mano derecha en posición de bendición; y el Espíritu Santo, una paloma, por su puesto, en medio de los dos, estática, pillada con las alas perfectamente extendidas con grandiosos rayos saliendo de sí mismo que abrazan las tres figuras. Es una imagen bonita, pero estática, sin dinamismo, que creo que no refleja lo que la Santísima Trinidad es para nosotros.

El Papa Francisco nos quiere llevar con palabras sencillas al centro del misterio y nos dice que **misericordia** es la palabra que **revela el misterio de la Santísima Trinidad**¹ y que Jesucristo es el rostro de esa misericordia. Si Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre, esa es la **síntesis del misterio** de nuestra fe; si la misericordia es la palabra que **revela el misterio de la Trinidad**, esto quiere decir que aquí se nos abre una puerta, yo diría que **la puerta definitiva por la que todo cristiano ha de pasar si quiere encontrarse con Dios** y experimentarlo. La misericordia traduce el misterio, pues por pura misericordia Dios se ha revelado a sí mismo y por pura misericordia nos ha introducido en el centro de su intimidad. ¡Y es o es mucho más, muchísimo más que una imagen estática pintada en un cuadro!

Es la misericordia la que hace que Dios salga de sí mismo y se vuelque en el cosmos con la creación del universo y del ser humano. Es la misericordia la que revela a Jesús y la misericordia la que lo impulsa a entregar su vida por el hombre. Es la misericordia de la Trinidad la que envía sobre nuestros corazones el Espíritu Santo para que salgamos también nosotros de nosotros mismos al estilo de Jesús. La misericordia, siempre la misericordia.

Es desde aquí, desde la misericordia, desde donde podemos saber cómo se comunicaba Jesús con Dios, qué sentimientos se despertaban en su corazón, cómo lo experimentaba día

¹ FRANCISCO, *El rostro de la misericordia* 2,1

a día y qué le motivaba para su entrega constante a los demás. Desde que un acto maldito de crucifixión, fue capaz de cobrar sentido, desde entonces, todo en la historia del creyente es capaz de cobrar sentido, de ser redimido; y todo ello, por la misericordia

Los relatos evangélicos nos llevan a una doble conclusión: ***Jesús sentía a Dios como Padre, y lo vivía todo impulsado por su Espíritu***². El cristiano, insertado en Cristo, vive el misterio en la misma dinámica de Jesús: experimentando a Dios como *Abbá* querido y siendo impulsado en su vida por el Espíritu Santo: esa experiencia de Dios y ese impulso cotidiano del Espíritu solo puede ser llevado a cabo desde la vivencia de la misericordia, según el Papa Francisco.

Si la misericordia revela, pues, el misterio de la Trinidad, experimentarla se convierte en la aspiración humana más importante para el cristiano. No se trata pues de una experiencia facultativa, que pudieras tener o no, sino que es constitutiva de nuestro ser, precisamente porque somos imagen de Dios. Y eso es tan radical, que aquel que no busca la misericordia para ser vivida se deshumaniza y se convierte en un alienado, en un desposeído de sí mismo

Es por esto que la madurez cristiana conlleva constitutivamente la misericordia. No hay madurez cristiana sin misericordia. No hay madurez cristiana si no vivimos sumergidos, pues en el misterio de la Trinidad: mirarnos como Dios nos mira y mirar a los demás y al mundo como los mira Dios.

Vivamos, pues el misterio de la Santísima Trinidad en nuestras vidas de una manera real, teniendo en cuenta que se trata de vivir sumergidos en la misericordia de Dios que nos la ha dado por el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones. Que ésta es una atmósfera en donde vivimos en la misma paz de Dios y que lejos de separarnos del mundo nos introduce en él desde Jesús y con Jesús; porque ahí lleva la experiencia de la misericordia, a salir de nosotros mismos. Ya no hay nada que temer pues nada ni nadie nos puede separar de esta atmósfera en la que Él nos ha sumergido. Cuando perdemos la paz es porque nos hemos salido de esta atmósfera que solo el Espíritu Santo da.

² Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *En el nombre del Padre, y del hijo y del Espíritu Santo*. En www.feadulta.com